

todo ello, una obra que se lee sin descanso. En cada página abundan los destellos de humor. Y también el insinuado malabarismo poético.

Jorge Délano (Coke) ha hecho unos dibujos finísimos. Glosan la vida palpitante, que recoge este libro.

*
<https://doi.org/10.29393/At407-26CTVM10026>

Chinchina busca el tiempo, de MANUEL DEL CABRAL,
Ediciones "El Viento en la llama". Santiago, 1965

Muy pocas veces la poesía de Manuel del Cabral se anega en disquisiciones de tipo intelectual. Este poeta derrama sus emociones con la naturalidad de un claro surtidor inagotable. Su lenguaje tiene simple contextura. Nos da la impresión de que no piensa sus figuras literarias, sino que le brotan como un fenómeno vital necesario impostergable, de curso normal.

Sin duda, los verdaderos poetas, y Manuel del Cabral es uno de ellos, observan la realidad, posiblemente la filtran por las celdillas del espíritu y la devuelven convertida en símbolo, vestida con los faralaes de un lenguaje nuevo, distinto al que se habla en el diario acontecer.

Alguien ha dicho que los rapsodas "son vasos sagrados", que hablan "otra lengua".

En la colección "El viento en la llama" se publica la quinta edición de *Chinchina busca el tiempo*, del que Gabriela Mistral dijo que era "una joya de la literatura contemporánea".

Este libro, en la época de su primera edición, 1945, produjo en España algunas discusiones de altura. Se dijo que tenía la categoría estética de *Platero y Yo*. El poeta español Gerardo Diego escribió: "Extraño y formidable este gran poeta, Manuel del Cabral, en cuya voz, fundida a la temperatura de alto horno del hombre nuevo, parecen haberse dado cita todos los hombres de América, el Continente que se descubre día a día en la imaginación exploradora del espíritu".

Chinchina busca el tiempo es un libro delicado y delicioso, hecho de breves retazos de auscultación poética. El lenguaje coloquial se funde en líricas evasiones. "Chinchina, fijate cómo inventan diamantes las manos de este hombre pobre". "Mira, Chinchina, cómo comienzan a sufrir, a llorar goterones de azúcar los ojos verdes y oscuros de las uvas". "Las vacas siempre tienen en sus ojos un Garcilaso Virgen". "La estatura de un lirio es la pregunta de un niño".

En esta obra se dieron algunas anticipaciones poéticas que habrían de ser substancia de otros libros de Manuel del Cabral. En varios acápites se marcan notables variaciones de estilo.

Dice en "El pescador durmiendo" que "los hombre que suelen cosechar la madrugada antes de que la suelten los pájaros, se amarran su bufanda de neblina, bajan por el barranco silencioso y con candiles vegetales incendian de fuego frío el río".

Bello libro para ser leído con pausa, con el ánimo dispuesto a todas las sorpresas y revelaciones.

¿Quién es Chinchina? ¿Agua, aire, alba, un ser humano? ¡No indagemos! Porque la captación del fenómeno poético y de la experiencia lírica no se deja ceñir con facilidad.

Esta poesía que se desvanece en la espiral de trinos líricos se adelgaza y vuelve a rebrotar con esa fuerza de gran temperatura, con el acendrado entusiasmo de una posición estética que tiene mucho de maestría técnica.

VICENTE MENGOD



El cuento chileno 1864-1920, de JUAN LOVELUCK. Buenos Aires,
Editorial Universitaria de Buenos Aires, Serie del Nuevo Mundo, 1964

Como manual se ha publicado en Buenos Aires esta antología del cuento chileno desde 1864 a 1920. La tarea de presentación y selección del material antologado ha estado a cargo del profesor de la Universidad de Concepción y de la Ohio State University, Juan Loveluck.

En las páginas de presentación, el profesor Loveluck traza un cuadro, aunque veloz, muy informativo de la narrativa hispanoamericana, señalando la tardía aparición del relato breve, como cuento, casi en los términos del siglo XIX, en la confluencia del naturalismo y modernismo, entre los años de 1880 y 1910. Asimismo subraya la huella fecunda dejada por estas dos tendencias mayores de nuestras literaturas: "la sabiduría formal, la cautela ordenadora de la creación literaria y, por otra parte, la ejemplaridad de una visión siempre crítica y revisora. Es decir, ese rasgo distintivo de nuestra narrativa —formas extensas y formas breves—, desde sus orígenes, que es la suma de la búsqueda de una imagen del hombre nuestro y la condena de los aspectos negativos o malignos de la sociedad en que él se desplaza, en la que se anula y desaparece o logra expresión" (pág. 5).

Y cuando los seguidores de la fórmula *mundonovista* se apartaron del preciosismo y cosmopolitismo, en cambio, mantuvieron lo mejor del naturalismo, convertido en herencia por largo tiempo: la observación, documentación y denuncia.

Así, estas dos corrientes del quehacer literario hispanoamericano fortalecieron e impulsaron a la novela y al cuento de fines del siglo.

De aquí, entonces, que el profesor Loveluck, como también los investigadores del Instituto de Literatura Chilena en la *Antología del Cuento chileno*, publicada en 1963, sostengan que "es a fines del siglo XVIII cuando el cuento hispanoamericano adquiere su verdadera estructura y se despoja de elementos advenedizos". Es por eso que la selección de cuentos chilenos que nos presenta, en una primera parte, el profesor Loveluck, se inicia desde ese momento en que se configura como una expresión literaria autónoma, desligadas de otras formas, como el cuadro de costumbres, por ejemplo, y con el